

Cotton Mather, que recorriendo los grupos, recordó á todos que Borroughs no habia tomado aun las órdenes y que para ocultar á los malos, Satanás les daba á veces el aspecto de ángeles.

En la siguiente sesion del tribunal, que se verificó en el mes de setiembre, fueron condenadas á muerte catorce mujeres y un hombre. Un anciano de ochenta años rehusó defenderse, y solo por esto se le declaró culpable, llegándose al horrible extremo de condenarle tambien á la última pena. Aunque era evidente que solo con la confesion podia uno salvarse en la mayor parte de los casos, hubo algunos que tuvieron el suficiente valor para retractarse, y de estos, ocho pagaron su atrevimiento con la vida. Habian sido ya ejecutadas veinte personas; ocho mas esperaban su sentencia; hallábanse las cárceles atestadas de prisioneros y las acusaciones se renovaban diariamente. En tal estado de cosas el tribunal suspendió sus sesiones hasta el mes de noviembre.

Durante este interregno verificóse sin embargo una reaccion, y las acusaciones fueron pareciendo demasiado graves y estrañas para tomarlas en cuenta, sobre todo desde el momento en que hasta los ministros del altar y las personas de mas elevado rango eran señalados como culpables del crimen de sortilegio. La venda comenzó á caer de los ojos de aquel pueblo estraviado; hiciéronse demostraciones contra el hecho de condenar á personas de una vida ejemplar, sin mas fundamento que la loca acusacion de un niño; la evidente parcialidad de los jueces; su cruel sistema de violentar confesiones, y su inconsiderado proceder al desechar las retractaciones siempre sinceras, aparecieron al fin en su verdadera luz, y al abrirse el tribunal en el mes de enero de 1693, el gran jurado desechó la mayor parte de las acusaciones y puso en

libertad á los que habia condenado á muerte.

Mather quedó confundido ante tan imprevista medida, tanto mas cuanto,

1693.

segun decia él, era preciso proceder con el mas esquisito tacto y prudencia, toda vez que el diablo se presentaba á veces bajo el aspecto de una persona inocente. Empeñóse el buen hombre en sostener que el crimen era real y verdadero, y que debia administrarse pronta justicia, no solo á los convictos de culpabilidad, sino tambien á los que habian hecho declaraciones falsas. Persistiendo en su conviccion, trabajó Mather con el mayor ahinco á fin de descubrir nuevos casos; pero sus erróneas creencias debian sufrir un rudo golpe, pues un tal Roberto Calef, ciudadano de Boston, que á pesar de su escaso discernimiento se habia empeñado siempre en negar la existencia de dicho crimen, le probó palpablemente que habia estado visitando á una mujer que se fingió poseida solo con el objeto de engañar á Mather y sus demás compañeros y ver hasta qué punto llegaba su credulidad. Algun tiempo despues se repartió una circular invitando á todos á dar parte de las apariciones de que tuviesen conocimiento; pero parece ser, segun confesion del mismo Mather, que en un período de diez años apenas hubo la mitad de casos que al principio.

De este modo terminó aquella terrible calamidad, y la herejía y la blasfemia, juntamente con el sortilegio, dejaron de aparecer como delitos capitales en el gran libro de los estatutos de Massachusetts. Ya no se sacrificaron mas vidas, y aunque Mather, Stoughton y otros (*) no mudaron de parecer, y por

(*) La indignacion de los habitantes de Salem obligó á Parris á salir del pueblo. Noyes volvió al favor por haber hecho una confesion completa, pidiendo luego perdon y consagrando su vida á practicar obras de caridad. El juez Sewall recobró tambien la estimacion pública, merced á su franqueza y sinceridad, pero Stoughton y Cotton Mather no se arrepintieron nunca. El primero vivió orgulloso y des-

mas que algunas eminencias europeas les confirmasen en sus opiniones sobre aquel punto, hubo una inmensa mayoría que deploró profundamente sus pasados errores. Ya no se vertió mas sangre, ni se cometieron horribles crueldades por el imaginario crimen de sortilegio, y así terminaron, dice Grahame, aquellas escenas de fatal estravio que justamente escitaron el asombro del mundo civilizado, ofreciendo un terrible ejemplo de la debilidad humana, causa de que un pueblo, reconocido en toda la tierra por su piedad y virtudes, se dejara alucinar por un puñado de lunáticos y asesinos (*).

Entretanto proseguia la guerra en la frontera con encarnizada furia por ambas partes. A la sagacidad de los indios y á sus crueles instintos uníase la táctica y conocimientos de los franceses. Hé aquí lo que sobre esto dice el Dr. Dwight en un interesante párrafo de sus *Viajes*: «En aquella guerra de sangrientas represalias pusieron en juego todos los ardidés, todos los medios de destruccion que fuera dable inventar y que podia sugerir el ingenio de los oficiales franceses. La devastacion y el degüello eran cosas sancionadas por los ministros de la religion; poníanse á precio las pieles de los cráneos, y los perros de guerra eran acariciados mientras sus rojas fauces goteaban aun la sangre de sus víctimas; los intervalos de paz se consagraban al saqueo, al pillaje y á la carnicería, y todo esto sin que hubiese un momento de tregua y sin que pudiera esperar compasion ninguno de los infelices que fuera sorprendi-

preciado y el otro intentó persuadir á todos que él no habia tomado una parte activa en la cuestion de los sortilegios, si bien nadie quiso dar crédito á sus palabras. Cotton Mather, que habia buscado el fundamento de la fé en cuentos de brujas, tuvo despues proyectos de hacerse ateo, abandonando todas las religiones por creerlas falsas. «*Historia de los Estados-Unidos*» por Bancroft.

(*) *Historia de las colonias*, vol. I, p. 281.

do por aquella horda de feroces guerreros. Las familias que vivian solitarias quedaban prisioneras; las casas eran pasto de las llamas, y el viajero perdido moria fusilado en medio del bosque. Debemos sin embargo observar, en favor de esa gente que se distinguió por tantos rasgos de brutal ferocidad, que la historia de aquellos tiempos no recuerda un solo caso á que se atentara contra la castidad de las mujeres prisioneras.» El coronel Church, militar veterano, emprendió varias expediciones en las que se reprodujeron las sangrientas escenas en que figuraban como actores los franceses y los indios. En 1694 la colonia de Oyster River en New-Hampshire, que se llama ahora la ciudad de Dutham, fué atacada y muertas ó prisioneras mas
1694.
de cien personas. Dos años despues, en 1696, llegó de Francia un tal D'Iberville, distinguido oficial canadense, con dos buques y algunas tropas, y habiéndose unido á las fuerzas mandadas por Villebon y el baron Saint Castin, sitiaron y tomaron el fuerte de Pemaquid en el mes de agosto, cuyo
1696.
suceso fué causa de que se abandonaran todas las colonias vecinas. En la primavera de 1697 se embarcó D' Iberville para Hudson Bay, y despues de recobrar un fuerte que se hallaba en poder de los ingleses, capturó dos de sus buques. Finalmente, en el mes de marzo del mismo año, cayeron los salvajes sobre Haverhill y mataron ó hicieron prisioneras unas cuarenta personas. En medio de aquellas escenas de sangrienta desolacion se llevó á cabo por una mujer llamada Mrs. Dustin un acto de heroismo del que hace mencion nuestra historia moderna. Una semana despues de haber dado á luz una niña, la nodriza á quien la confió y que habia tratado de escaparse con la tierna criatura, cayó en manos de los salvajes, que penetraron en la casa y la incendiaron, despues